

Que jefe de las armas del imperio  
 El candidato, reclamaban, fuese.<sup>58</sup>  
 Al jóven acordóse la vacante  
 De este empleo glorioso, que le ofrece

La aclamacion universal del grueso  
 De las compactas haces prepotentes:  
 Que entusiastas le acojen, coronando  
 Con un laurel su esclarecida frente.

---

En tanto el español no se atrevia  
 A pisar el umbral de sus cuarteles;  
 Y á la sed, á la hambre, á la penuria  
 Cediendo iba el belicoso temple.

Cortés, que sin las manchas de rapiñas  
 Traiciones viles y nefandas muertes,  
 Ingratitudes negras, y pasiones  
 Rastreras, ruines, sórdidas, crueles!

Cortés, repito, á quien sin tales manchas  
 Yo juzgaria un semidios, un héroe,  
 El solo era cuyo inmenso espíritu  
 Cual nunca entonces se ostentaba fuerte.

Mas el remedio, al precio mas subido  
 Debiera en el instante de ponerse:  
 Y el caudillo español formó en columna  
 Sus infantes, cañones y coreeles.

Cuitláhuac dió sus imperiales órdenes:  
 Y el príncipe caudillo de las huestes  
 Aprestó la defensa, colocando  
 Quinientos veteranos combatientes

Allá en la culminante plataforma  
 Del excelso Mexitl, de donde pueden  
 Arrojarse pedrones y saetas  
 Del español al guarnecido albergue.

Aun no osaban los hijos de Castilla  
 Adelantar la planta de su fuerte,  
 Cuando infinitos proyectiles caen  
 Dentro los muros, en mortal vertiente.

Avanza la columna; mas el atrio  
 El bravo Tizoc cual leon defiende,  
 Y maltratada, y en desórden casi,  
 De replegarse hubiera á los cuarteles.

Cortés se ensaña: en cólera montado,  
 De cien caballos se coloca al frente,  
 Y con terrible ímpetu se arroja  
 De los aztecas sobre el grueso inerme.

Mas, ah! que por el terso pavimento  
Se deslizan los piés de los corceles,  
Y en su desaire, el adalid osado,  
En sed de sangre y destruccion se enciende.

Sucumben al macuáhuitl ó á la pica  
Algunos de los suyos. Los almetes,  
A los terribles golpes de las clavas,  
Tal vez se hunden y los cráneos hien den.

En cambio las espadas castellanas  
De leve filo y exquisito temple,  
Hallando paso en los desnudos pechos,  
Aquí y allá se hunden, tronchan, hieren.

Parecia que genios infernales,  
A un superior espíritu obedientes,  
Sobre la humana raza derramaban  
Hálito infecto de sangrienta fiebre.

Mas uno, á uno, en medio la matanza,  
Exánimes yacian diez ginetes,  
Y el mismo Hernan Cortés, herido un brazo,  
De pronto ante el peligro retrocede.

Empero se recobra; echa pié á tierra,  
Se hace atar el escudo que no puede  
Llevar el brazo: y con cincuenta infantes  
Con espadas, y ciento con mosquetos,

Se lanza abriendo brecha con los broncees,  
Que ígneos fulminan á la vez los trece,  
Del templo, á las marmóreas escaleras  
Que en tortuosa direccion ascienden.

Ah! si agotados los pedrones, troncos,  
Y ponderosas vigas no estuviesen!....  
= Algunas que quedaban ¡cuánto estrago  
En su caída hicieran, cuántas muertes!

Mas al fin; no las flechas de obsidiana  
Y de púas armadas, suficientes  
Fueran á detener al fiero hispano  
Que bajo el fino acero se guarece!

Y superado el imponente óbice,  
Se traba allá en la liza un duelo á muerte,  
Do habrá de sucumbir uno de entrambos:  
El bravo azteca, ó el ibero fuerte.

.....  
= Contraste raro! = El ancha plataforma,  
Teatro de los fieros combatientes,  
Se dilata á las plantas del gran templo,  
Dividido en dos torres ó templetes

Donde elevan sus aras enemigas  
Dioses adversos de enemigas gentes:  
El dios ensangrentado de la guerra,  
Implacable, severo, y con arneses

De destrucción; sentado sobre un trono  
De oro, entre grabados y relieves  
Que representan águilas y tigres,  
Espantosos caimanes y serpientes,

Y la madre amorosa del ungado,  
Tierna, modesta, angélica, inocente,  
Contemplando á la víctima sagrada,  
Al niño Dios que entre sus brazos tiene!...

= El blanco ibero, y el cobrizo azteca;  
El de armadura férrea, y el inerme;  
El refinado culto, y el sencillo;  
El alma envejecida, y la naciente—

He ahí dos hijos de diversos orbes....  
Se miraron apena, y frente á frente  
Ya está el uno del otro en lucha abierta,  
¡ Lucha terrible de venganza ó muerte!

¡ Y así lo exigen los adversos dioses!....  
¡ Es, en verdad, que á los humanos seres  
Inspiran esa sed de humana sangre,  
Esa fatal, devoradora fiebre?

¡ Ah!... ¡ No es el tigre la sangrienta fiera!....  
Dos hermanos en Dios.... ¡ por qué crueles  
Se desgarran los pechos palpitantes  
Para arrancarse el corazón latiente?....

= Oid!...= Es el crujido de las armas,  
Que las bélicas trompas ensordece!....  
Escuchad!...= Es la sangre del azteca  
Que brota de los pechos, á torrentes.

Mirad!...= Sobre la faz de aquel guerrero  
Cómo brilla el valor! cómo se mecen,  
Con qué donaire las erguidas plumas  
Al derramarse en la soberbia frente.

.....  
En el atrio los restos de las fuerzas  
De entrambos adalides se mantienen  
En deshecha matanza: y ora caen  
Un hombre, un grupo, un grueso de valientes.

Mas observad:= Suspéndense sus iras:  
Al mudo pasmo los enconos ceden!....  
Allá en la plataforma es mas que humano  
El noble ardor, el fuego prepotente.

Cruzábanse al principio en sordo silbo  
Dardos, ballestas, balas de mosquete;  
Ahora, las espadas, los puñales  
Con clavos y macuáhuítl se sostienen.

Al agitarse las guerreras filas,  
Transcurriéndose en líneas diferentes,  
¡ Qué hermosas son las mágicas alfombras  
Que en movimiento sus colores, tejen!

Mas ah! que del hispano la cuchilla  
 Los nobles pechos ensañada hiende,  
 Y habrá de sucumbir, sin mengua de uno,  
 La guarnicion de los quinientos héroes.

Ya restan unos cuantos! = Ah! miradles...  
 —; Oh rasgos dignos de brillar por siempre  
 Sobre planchas de bronce ú oro eternos,  
 En gruesos, brilladores caracteres! —

Miradles! = Cada cual de su enemigo  
 Asido ú abrazado fuertemente  
 “Venganza!” clama, y de la liza excelsa  
 Despeñado, á los mármoles descende

Que embaldosan el hondo pavimento  
 En el atrio, do estréllanse sus frentes!  
 El espirante azteca se sonríe....  
 ¡Liba el mas dulce en todos los placeres!

El español arroja moribundo,  
 Llamas rojizas del mirar ardiente,  
 Ensangrentada espuma de la boca,  
 Del labio, votos, ó nefarias preces.



¿ Mas quién es ese atlético guerrero  
 Que firme el paso, altivo el continente,  
 Arrojando la clava de su diestra,  
 Osa lanzarse al castellano gefe?

¿ Quién es, que entre sus brazos musculosos  
 Le aferra así, le agovia ó le sostiene, <sup>59</sup>  
 Desarrollando sobrehumanas fuerzas  
 Al arrastrarle en su espantosa muerte,

Zeloso de la gloria de los suyos  
 Precipitado, cual feroz torrente  
 Que arrastrando los troncos y las peñas,  
 Al hondo abismo en su furor se vierte?

¿ Quién es en fin? —; Oh príncipe! á tal precio,  
 Querrá el Anáhuac libertad, laureles?  
 ¡ Cuahutimótzin magnánimo! qué á México  
 Nada le importa, si al vivir te pierde.

Ah!... que no hay esperanza!... En un momento  
 Al borde está con su enemigo; y leve  
 Un paso basta á despeñar á entrambos,  
 Si en la pujanza por azar le vence.

Mas, oh dicha! Xolotl y Zilicáztin  
 Le han visto, y raudos á librarle vienen!  
 Los suyos á Cortés tambien circundan,  
 Y en ambas bandas hay furor, hay muertes. 20

En tanto Zilicátzin, que lograra  
 Los brazos desasir de entrambos gefes,  
 Al golpe de terrible puñalada,  
 De Cuahutimótzin á las plantas muere.

Quiere vengarle el generoso príncipe....  
 Mas.... ay! se halla en su dolor inerme,  
 Y le forman un muro veinte pechos  
 Que su persona por doquier guarnecen.

Mientras, Xolotl alcanza á conducirle  
 Arrastrándole casi, á un retrete  
 O camarín, oculto á los profanos  
 En el fondo del templo; do descende

En espiral, una escalera blanca  
 De piedra de Tecalco reluciente,  
 A subterráneas bóvedas: salones  
 En pos uno de otro, con paredes

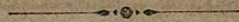
Incrustadas de mármoles preciosos,  
 Con grabados, cornizas y relieves.  
 Conducian los tránsitos soberbios  
 A las cámaras mismas de los reyes.

Los hizo construir el opulento,  
 Gran Moteuczoma, condenando á muerte,  
 Al empleado artífice perjuro  
 Que el secreto de ellos descubriese.

Y con el fin se hicieran, de que el príncipe  
 Sin ser visto, pasase á dar sus preces.  
 = Habiendo sido sumo sacerdote,  
 Era iluso, y juzgaba en sus deberes

La observacion de religiosas prácticas  
 Cuando asuntos mas graves no tuviese.=  
 Cuahutimótzin, llegado ante Cuitláhuac;  
 Padre é hijo estréchanse vehementes:

Y tras los dulces raptos de ternura,  
 Entrambos lloran por la infausta muerte  
 Del bravo, generoso Zilicátzin,  
 A quien el jóven la existencia debe.



Mas volvamos al templo.=¡Oh, del Anáhuac,  
 Númenes enemigos!.... no crueles  
 Así exijais en vuestras aras, víctimas  
 Tan preciosas, de gloria tan perenne!

Quinientos veteranos, ¡qué se hicieron?  
 Mirad: no quedan sino llamas tenues,  
 Sangre, cenizas y despojos cárdenos  
 De los que fueron los quinientos héroes.

¡Y eran la flor de la nobleza azteca!....  
 Ah! ved:— Los vencedores ¡cuán en breve  
 Sacrilegos profanan los cadáveres....  
 Les arrancan las plumas, los joyeles!

Cuahutimoc y Cuitláhuac contemplaban  
 Abrazados, bañándose en dolientes  
 Amarguísimas lágrimas, el cuadro  
 Que el heroísmo á la piedad ofrece.

Empero dés la excelsa plataforma  
 Del palacio imperial, de donde pueden  
 Dilatar sus miradas dolorosas;  
 A ver alcanzan las aztecas huestes

Que al pié del templo, en el marmóreo atrio,  
 Como fieros leones se defienden.  
 Cuahutimótzin empuña aquel acero  
 Que en galardón glorioso, recibiese

Del mismo Hernán Cortés, en los certámenes  
 Allá en tiempos de mágicos placeres,  
 Con el laurel de triunfos obtenidos;  
 Y se lanza veloz; tal como suele

El leopardo á quien punza la saeta  
 Ungida de ponzoña, do se enciende  
 La sangre que corroe sus entrañas,  
 Y entre las venas, abrasante hierve.

Al mirarle los suyos que temieran  
 Por haberle perdido para siempre,  
 Alzan un grito de placer; y Tízoc  
 Que acaudillaba las aztecas huestes,

Depone las banderas imperiales,  
 A las plantas echándose del héroe.  
 Cuahutimótzin levanta á aquel cacique  
 Tan digno, tan magnánimo y valiente,

Y tras dulces y tiernos desahogos,  
 Se ponen ambos de la lid al frente:  
 Y así animados los aztecas tercios,  
 Dan otra carga en que deshacen, hieren,

Matan doquier; y arrollan las columnas  
 De hispanos, tlaxcaltecas y chalqueses:  
 Vengando así del anterior combate  
 La sangre, los amigos, los reveses,<sup>60</sup>

Quedan los españoles reducidos  
 A los lindes que marcan sus cuarteles;  
 Y habrán de resignarse por la hambre  
 A sucumbir con mengua, ó proveerse

Haciendo una salida, en los distantes,  
 Mas henchidos variados almacenes,  
 Do las guerreras haces mexicanas  
 De municiones tales se provén.

No queda mas recurso: y cual manada  
De hambrientos lobos que al instinto ceden  
De la crueldad, tornada por la hambre  
En rabia que su genio reembravece,

Así, tras una tregua de dos horas,  
Asaltan y acuchillan á la plebe  
Que osada circundaba sus trincheras  
Suscitando sus iras imprudente.

Mas acuden las bélicas legiones,  
Y se chocan las masas prepotentes,  
Ofreciendo mas hórrido espectáculo,  
Que si sus anchas bases desprendiesen

El Popocatepétl y el Ixtacíhuatl  
De la mano de Dios que las retiene  
Clavadas á la esfera; y en el aire  
Sus gruesas moles de metal y nieve

Una con otra airadas estrellasen,  
Y en fragmentos sin fin se convirtiesen,  
Doquier sembrando en pueblos y campiñas  
Pasma, terror, desolacion y muerte.

Cortés es huracan, á cuyo impulso  
El cedro secular dobla la frente;  
Es Cuahutimótzin la centella súbita  
Que de eléctrica nube se desprende.

Diego de Ordaz y Olid, con Alvarado  
Y Sandoval, semejan á torrentes  
Que todo lo avasallan y lo arrasan,  
Lo confunden, lo borran y lo envuelven.

Orozimbo con Tizoc, son cascadas  
Que se arrastran allá por la eminente  
Roca tajada vertical, y á golpe  
Al desplomarse, el pedernal disuelven.

Ohmedo entrambas manos suplicantes  
Eleva hácia la bóveda celeste,  
E impetra los auxilios del Dios-Hombre  
Por la que causa del Dios-Hombre crée.

Xolotl, por el contrario, ora el macuáhuítl  
Empuña, y ora corre diligente  
De un haz en otro, y les reanima acaso,  
Y acaso alza tambien férvidas preces.

.....  
=Si esas ígneas esferas que en la noche  
Fulguran en la bóveda nitente,  
A la voz del Señor, de sus asientos  
En sorda confusion se desprendiesen,

Y chocasen las unas con las otras;—  
El ruido espantoso que al romperse  
Hicieran, os prestara alguna idea  
Del producido por entrambas huestes,

Al herir los millares y millares  
De clavos, picas, javelinas fuertes,—  
Las lanzas, las espadas, las rodelas,  
Las armaduras de exquisito temple.

---

El español sucumbe, porque brotan  
Ejércitos sin fin de los que mueren;  
Y se retira, porque apena el brazo  
Tiene vigor, no mas, á defenderse.

Las triunfantes legiones le persiguen  
Hasta los muros mismos de su albergue:  
Que con ellos á polvo redujeran,  
Si el rubicundo sol no revistiese

En ese instante la enlutada túnica  
Con que en la noche su fulgor envuelve,  
No mas, dejando el brillo de las joyas  
Que en florones y franjas la guarnecen.



## CANTO IX.

Horas vivimos en que todo es día,  
Todo luz, ilusion y resplandores;  
Horas vivimos en que todo es luto,  
Sombra, misterio, incertidumbre, noche.

En las primeras se divide el alma,  
Con el cielo, las brisas y las flores,  
Los perfumes, la luz y los sonidos,  
Los riachuelos, las vegas y los bosques.

En las últimas, pléganse las alas  
Del espíritu humano, que se absorbe  
A sí mismo, con nadie se divide  
Y allá en el pecho tímido se esconde.

Durante aquellas, la mision llenamos  
Que nos incumbe en relacion al orbe:—  
Al grandioso espectáculo asistimos  
Que dés su trono de rubí, dispone

Presenciar el Señor, cuando, al rasgarse  
De las compactas sombras los crespones,  
Enciende el sol que por la noche extingue,  
Y le impulsa, de allá del horizonte.